

L

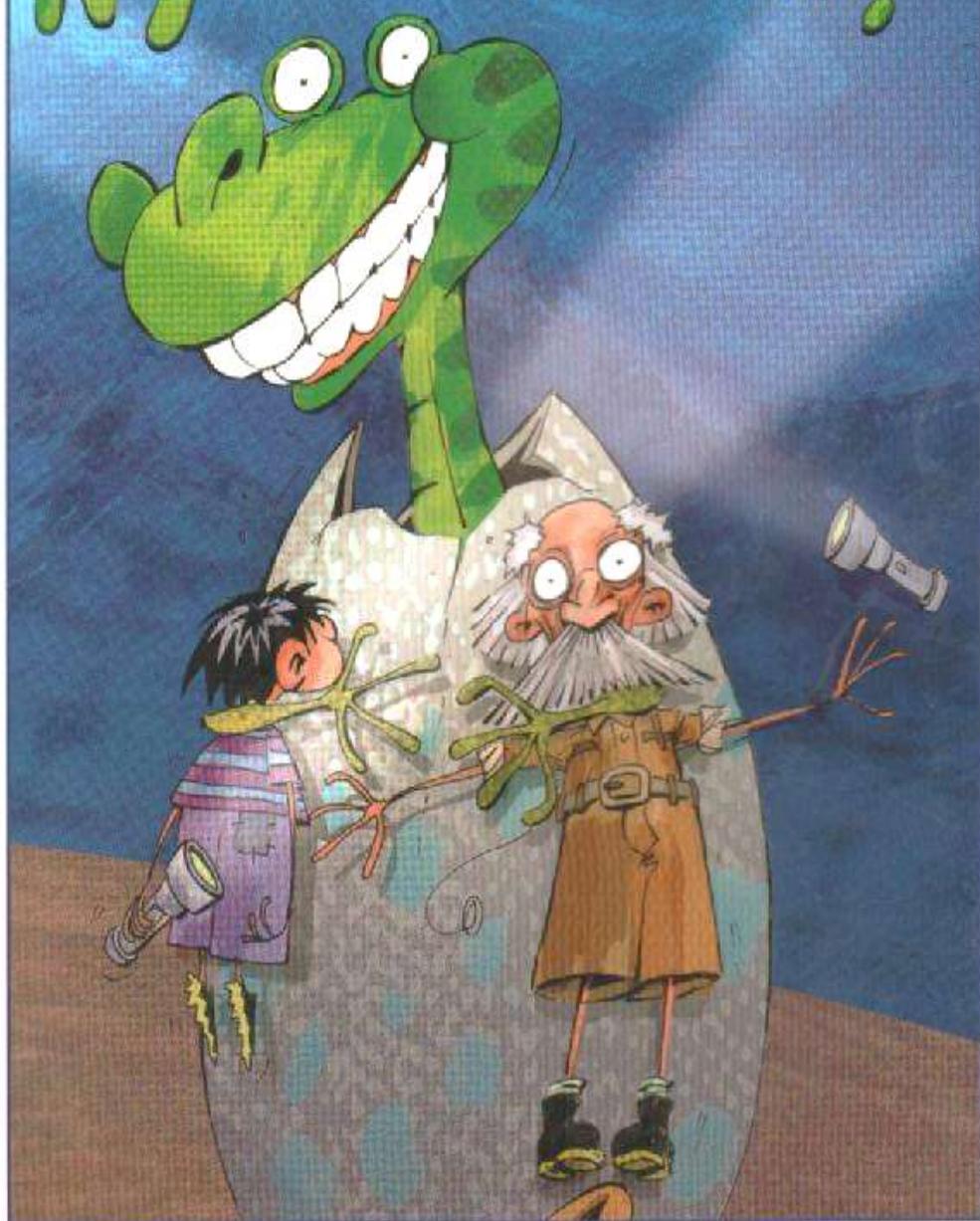
Pelusa 79

C

B U E N A S N O C H E S

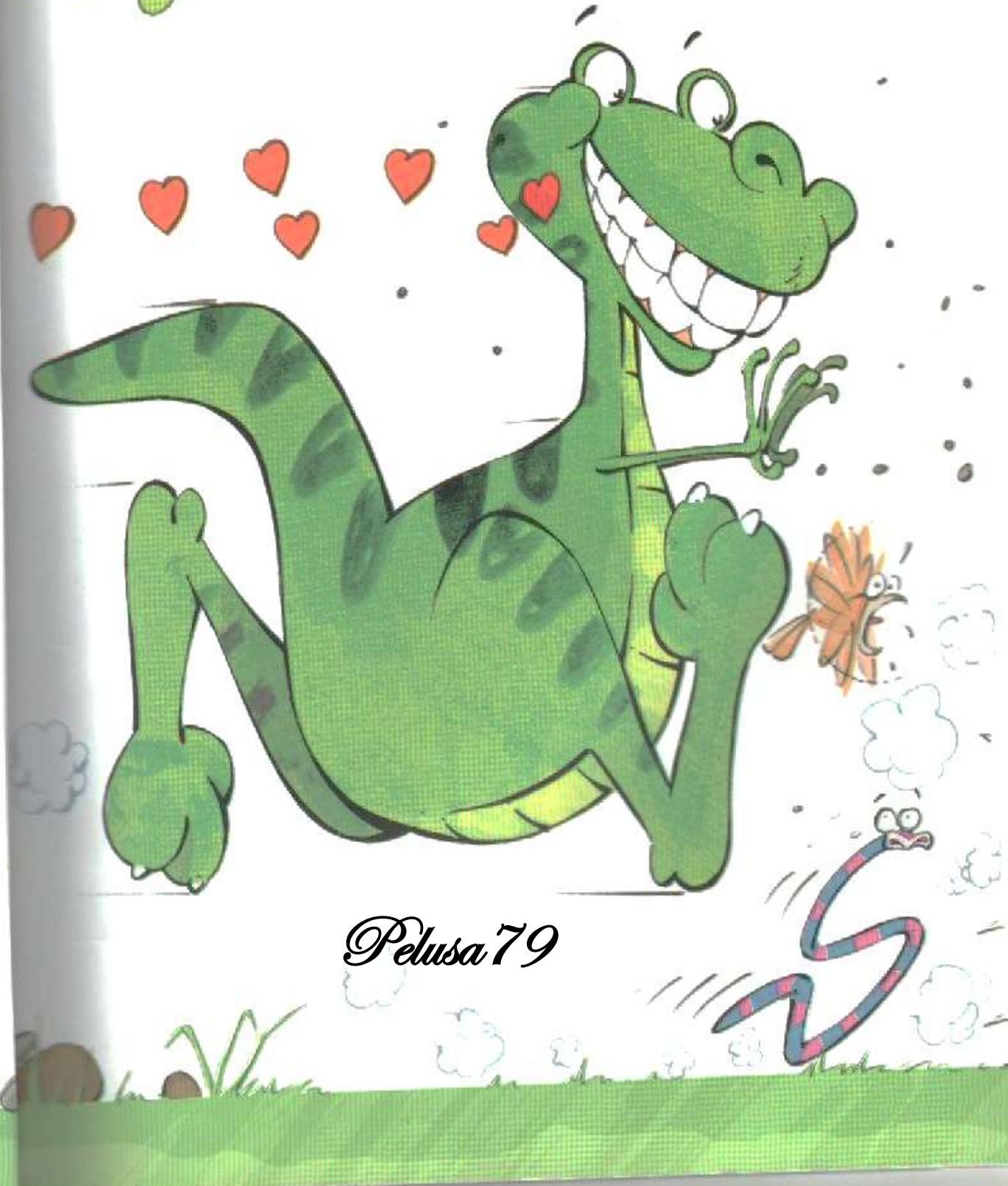
ALBERTO PEZ. ROBERTO CUBILLAS

¡Mimosavrio!



Alberto Pez . Roberto Cubillas

¡Mimosavio!



Pelusa 79

Para Federico
y
Paloma Mimosuarios

Ésta es la verdadera historia del Mimosaurio, el dinosaurio afectuoso que asoló la tierra hace millones de años.



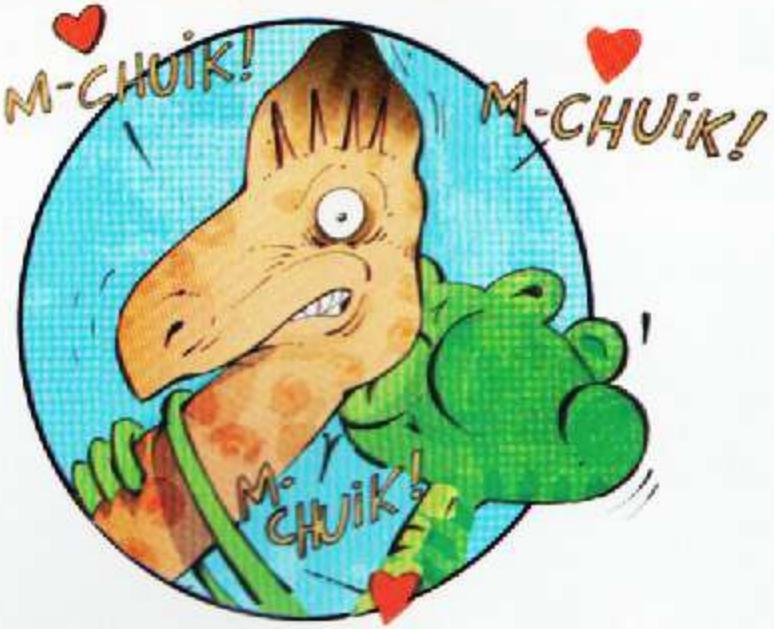
Según los estudios hechos sobre los huesos encontrados, el Mimosaurio era tan feroz como el Tiranosaurio Rex y el Velociraptor.



Pero a diferencia de éstos, no atacaba a sus presas con dientes y uñas sino con besos, caricias y mimos, lo que lo convirtió en el depredador más tierno del período Jurásico.



Ninguna criatura viviente escapaba
al efecto mortal de su cariño.



Las víctimas, carnívoros y herbívoros
por igual, soportaron su presencia...





Hasta que se extinguieron junto con ellos.

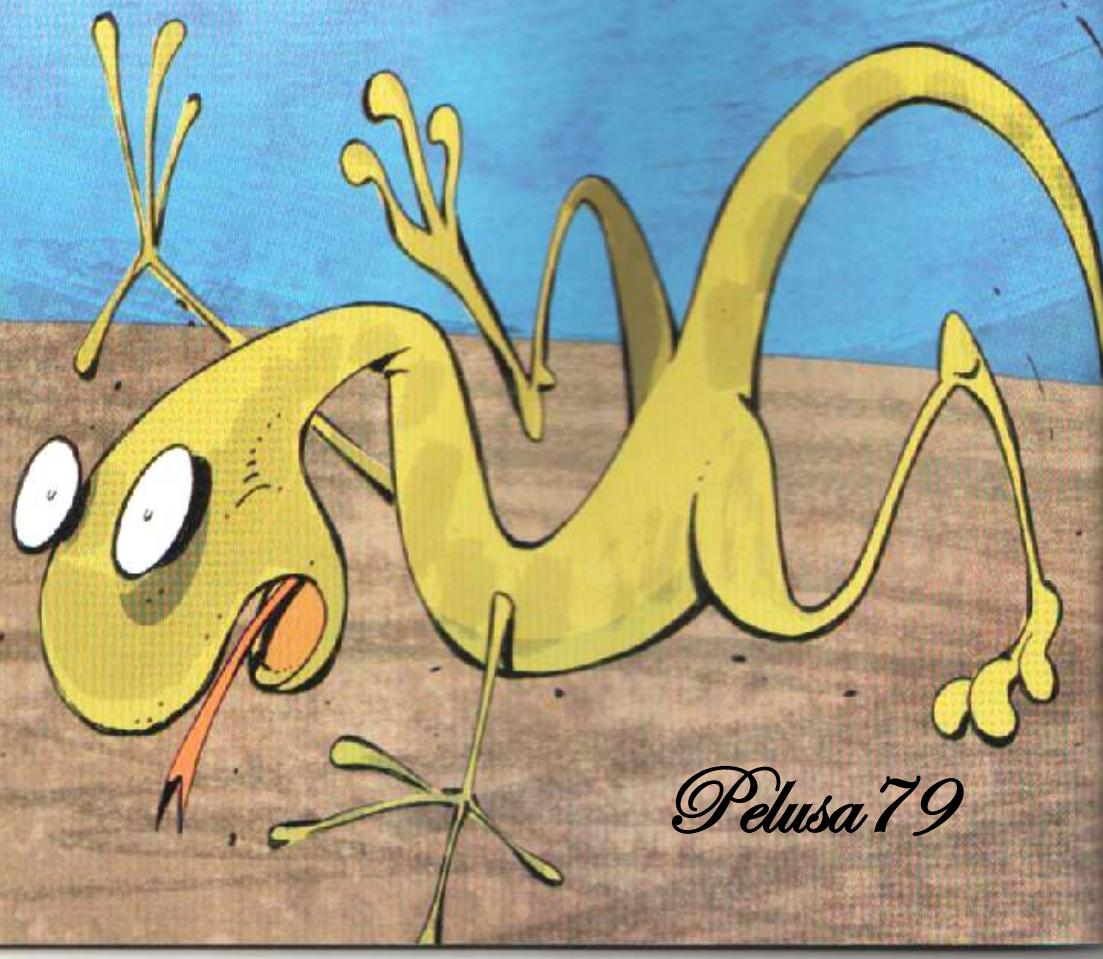
Sin embargo, meses atrás, el paleontólogo austriaco Herr Profesor Armando Brunenbaur, sorprendió al mundo al encontrar intacto un huevo de Mimosaurio en el Valle de la Luna, Argentina. Buscando nidos de Terodáctilos, tropezó accidentalmente con una pieza única, nunca antes vista.



—Observa las pintas de la cáscara, Cholo, ¡qué diseño tan particular! —comentó a su ayudante mientras cepillaba la enorme superficie del huevo.



La luz de las linternas y el rasqueteo del cepillo sirvieron para calentar el cascarón y así ambos fueron testigos del nacimiento del último Mimosaurio y lamentablemente, sus primeras víctimas.







Horas después fueron encontrados por un pastor que los llevó a un hospital cercano. Estaban unidos en un abrazo fraternal y se daban palmaditas en la espalda.

Los efectos posteriores al ataque no se hacían esperar:

El contacto con el monstruo provocaba en sus presas una especie de locura cariñosa y las convertía en simpáticas, gentiles y querendonas.

—Te pido perdón por haberte tratado mal, Cholo.
Voy a pagarte los sueldos que te debo y de ahora en adelante me portaré bien contigo —prometió el paleontólogo austriaco.

—No se preocupe, Herr Profesor... ¿Puedo darle un besito en la pelada? —fue la respuesta del ayudante.





Pelusa 79

No pasó mucho tiempo y todo
el hospital era un hervidero de besos,
abrazos y voces que gritaban:

—¡Lo quiero mucho, doctor!

—¡Gracias, enfermera!

—¡Vivan los cirujanos!

—¡Adoro a mis pacientes!

...Etcétera, etcétera.







Pelusa 79

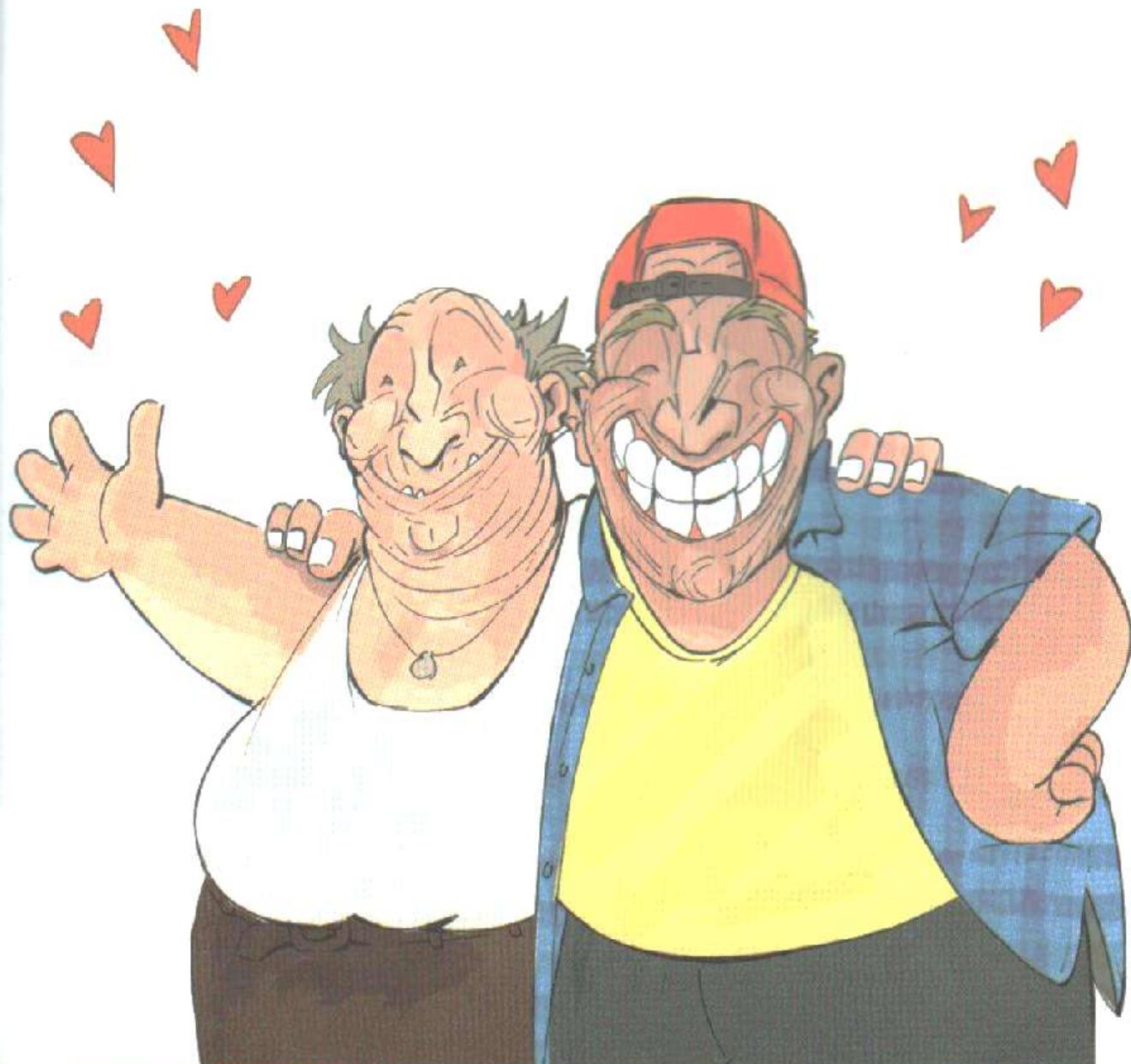
Ya nada podía detener al Mimosaurio. Hambriento de besos, comenzó atacando granjas y pueblos del campo. Nadie quedó fuera del alcance de sus mimos: Gallinas, caballos, cerdos, ovejas y patos; hombres, mujeres, niños y ancianos. Todos convertidos en fieras afectuosas.



El siguiente objetivo fue la ciudad. Corrió por las autopistas provocando el caos en el tráfico, hasta llegar a una esquina donde dos camioneros discutían rabiosamente. Los hombres terminaron abrazados diciéndose a los gritos:

— ¡Amigo, te quiero!

Pelusa 79



Después, un taxista que cobraba de más comenzó a dar vueltas, y varios pasajeros antipáticos se preocuparon por la salud del conductor algo resfriado.



Y un ladrón devolvió la cartera robada a una anciana, a la que ayudó a cruzar la calle, para después invitarla a tomar el té con masas finas.

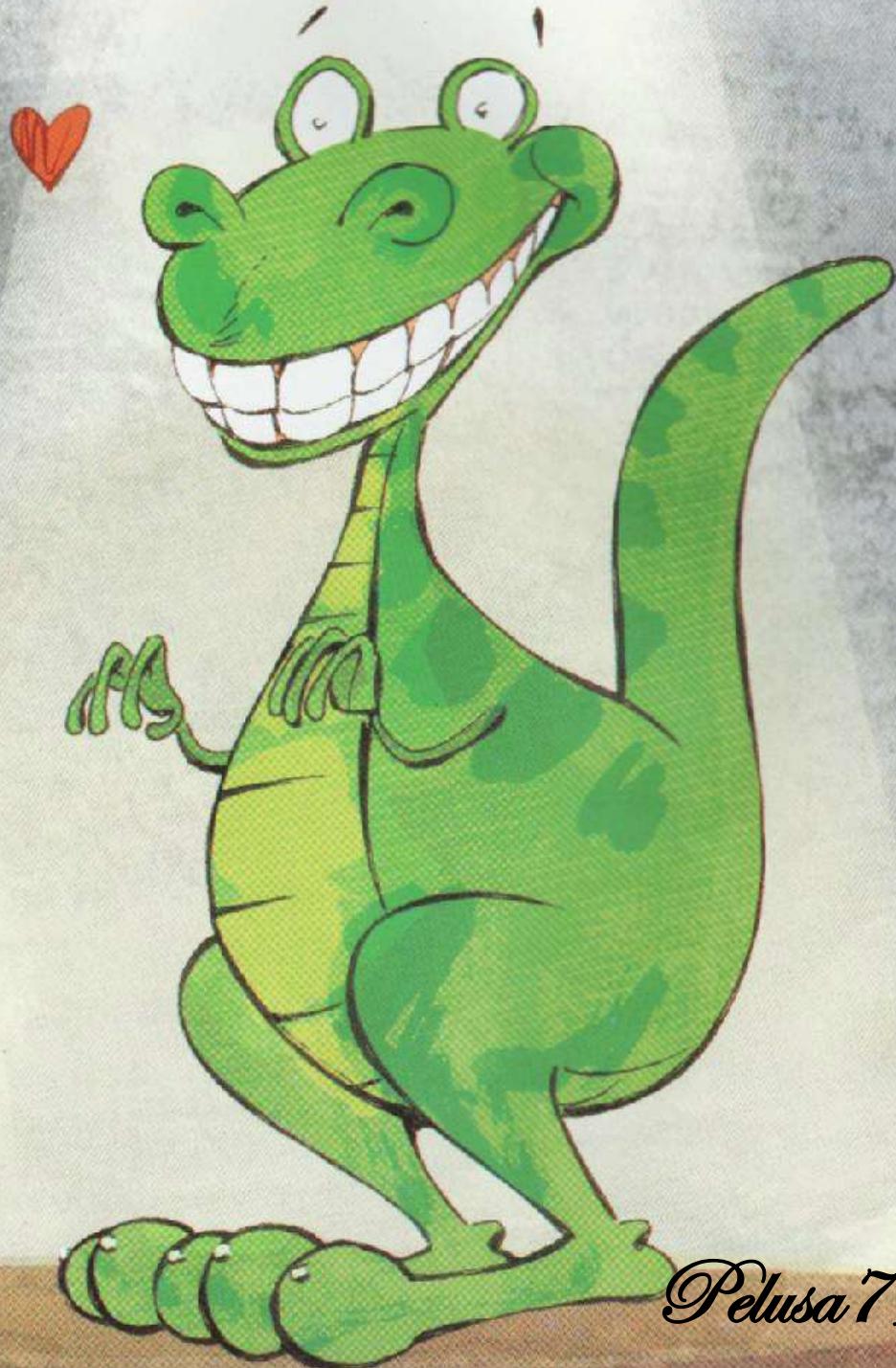


Y en toda la ciudad el contagio se transmitía a una velocidad increíble: Los que trataban mal a sus animales dejaron de hacerlo; los que olvidaban los cumpleaños, empezaron a recordarlos; los que comían solos, convidaron; los que hacía mucho tiempo estaban enojados, en poco tiempo se olvidaron del enojo, y ya no hubo gente diferente, sino bastante parecida, porque todos se atacaban a besos, como el Mimosaurio.



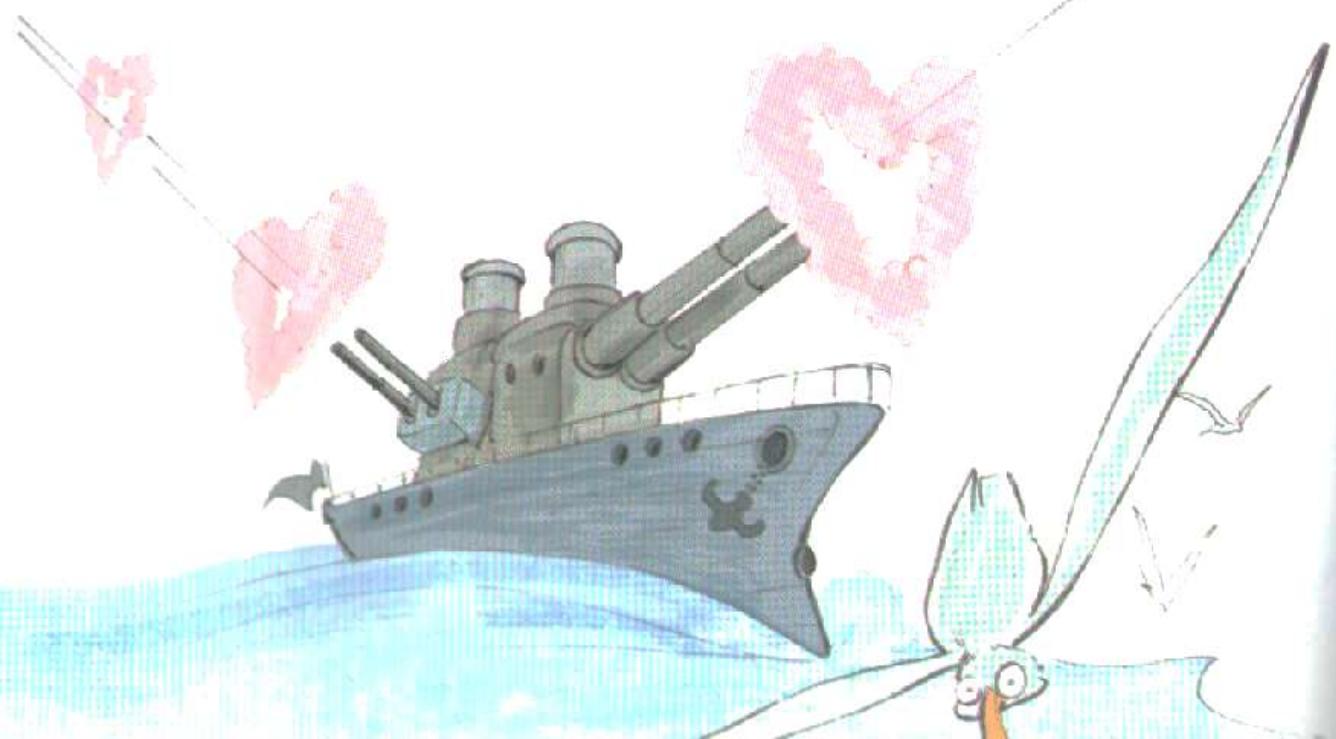
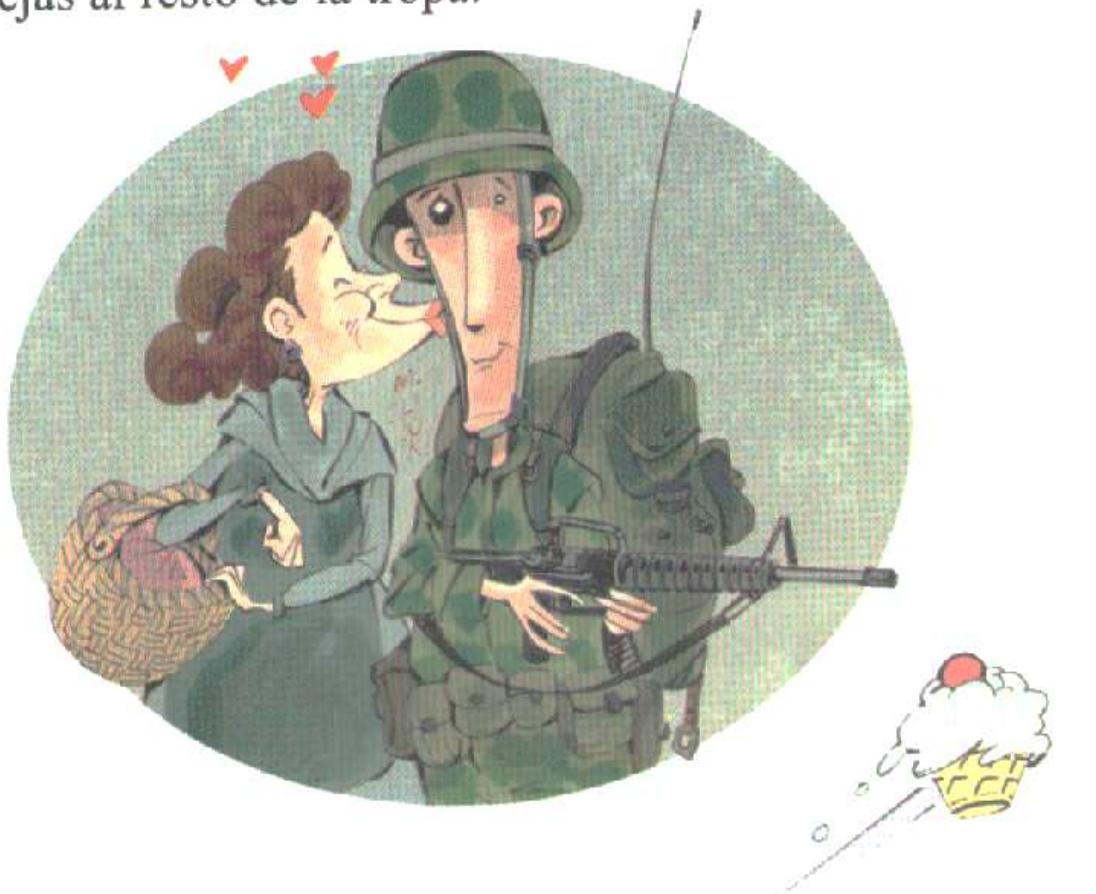
Pelusa 79

Los gobiernos del mundo comenzaron a preocuparse: no era conveniente un bicho de esa clase suelto por ahí, alborotándolo todo. Decidieron apuntarle los cañones más grandes, los cohetes más rápidos y las bombas más gordas.



Pero era tarde.

La tía de un soldado lo había contagiado con mimos y desde entonces él no paraba de abrazar a sus compañeros, quienes a su vez se subieron a barcos y aviones para estrechar las manos, dar palmadas en los hombros y cariñosos tironcitos de orejas al resto de la tropa.





De repente ya nadie sintió que fueran necesarios cañones tan grandes; la velocidad de los cohetes poco importaba y no había nada mejor que una gorda torta de crema.

Concientes de su derrota, los presidentes se reunieron en una mesa redonda a puertas cerradas, sin cámaras de televisión y con un solo invitado.

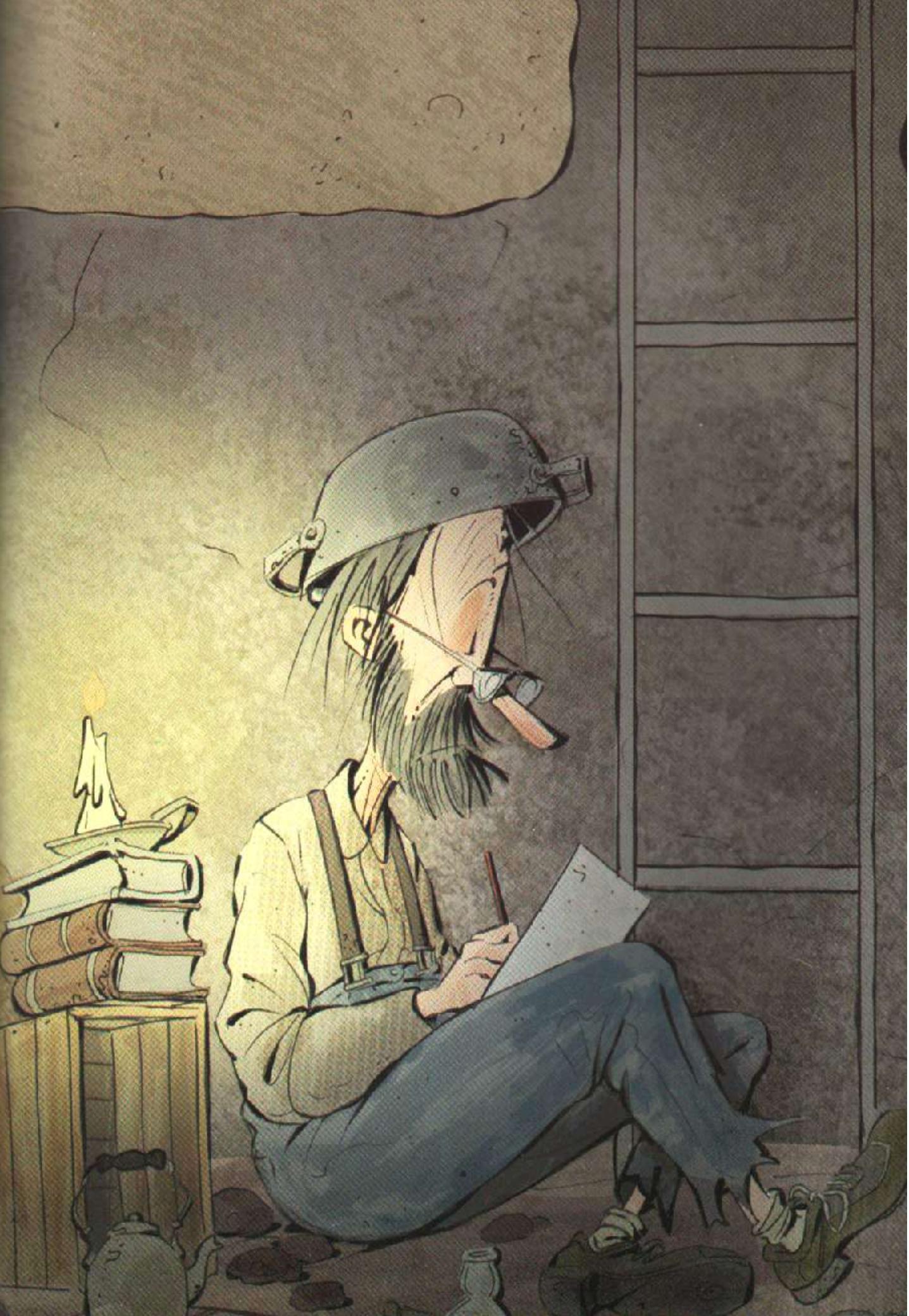
Momentos después dieron por concluido el encuentro y posaron para la foto.

Y aquí termina esta historia.

Sólo yo puedo contarla porque soy el único sobreviviente al ataque del monstruo. Escribo esto en mi refugio construido bajo tierra. No sé cuánto tiempo resistiré.

Tengo agua y comida para pocos días y sé que afuera...

Pelusa 79





...alguien me espera.

